

da e inteligencia del lector, para que los observe de manera pausada y reflexiva, y sea capaz de admirar lo que de maravilloso hay en ellos. Por lo tanto, aunque realista y no pocas veces irónico, es un libro lleno de esperanza porque se fija en lo que de eterno (sin dualismos ni jansenismos) hay en el ser humano: amor, religión, diálogo, etc.

La prosa es espléndida, digna, por tanto, de un lector de Unamuno y Ortega. No decae en ningún momento y es esto, entre otras cosas, lo que confiere al libro un halo de haber sido escrito, aunque suene pedante, bajo cierto excitante o tonificante. Uno sale renovado de la lectura, como después de un refresco frío en una tarde calurosa de verano. A esto hay que unir la profundidad de muchas de las tesis, ya sea como exégesis o como idea original, baste el siguiente ejemplo acerca de la idea de Bien en Platón: «la *archè anhypóthetos* no se parece tanto a la investigación que un moderno llamaría metafísica cuanto a la experiencia espiritual, a la religión en sentido eminente» (p. 79). Frente a ellas —interpretaciones o ideas— uno puede estar o no de acuerdo, pero no puede evitar que se desarrollen en él las ganas de pensarlas.

Destacaría por último tres temas: 1) la infancia; 2) la escuela o colegio, y 3) la sexualidad. García-Baró los afronta con frescura y un pensar vivo, para nada esclerotizado o acartonado. El primer punto es una constante del libro, dice que la filosofía no se ha ocupado suficiente de la infancia, en la cual piensa que se da la *primera experiencia de la propia existencia*. Por otro lado, el segundo, del que se ocupa en el capítulo XII del libro, a primera vista choca, porque no se acostumbra a hablar sobre el colegio en los manuales de antropología. En este capítulo Baró desglosa de manera magistral la manera adecuada de entender la relación escuela-padres para acertar con la educación del hijo. Por último, señalaría su análisis, tremendamente instructivo, de la relación entre sexualidad, deseo y amor. Sin superficialidades o moralina se hace presente al lector un orden intrínseco con el que descubrir en esa relación tripartita la belleza que posee todo lo creado.

Si hubiese que reprochar algo sería lo difícil que es encontrar el libro en nuestro país.—
MIGUEL MARTÍ SÁNCHEZ.

GAMBRA, JOSÉ MIGUEL - ORIOL, MANUEL, *Lógica aristotélica* (Dykinson, Madrid, 2008). 329 pp.; GAMBRA, JOSÉ MIGUEL - ORIOL, MANUEL, *Ejercicios de lógica aristotélica* (Dykinson, Madrid, 2008). 130 pp.

Es para felicitarse el que haya sido editado un libro como éste. Por fin hay disponible en español un tratado de lógica tradicional que expone por extenso y con claridad los ejes de sus contenidos, sin reducirse a los de la moderna lógica matemática.

En este libro hay pensamiento, y es lo primero que merece ser subrayado. Entre los aristotélicos es fácil encontrar exposiciones de las disciplinas filosóficas hechas de modo que se transmiten los tópicos correspondientes, pero en los que el autor queda al margen, como descomprometido con lo que presenta. Ha sido una queja habitual ante las «escolásticas» (aunque a veces desmesurada) la de que sus exposiciones son periféricas, frías, inerciales y serviles. En el libro al que ahora me refiero eso no sucede, en particular porque los autores sin duda eran conscientes de que, o la lógica aristotélica se presenta como una forma de vida filosófica, o es tan sólo una venerable, pero muerta, pieza de museo. Este no es un libro arqueológico. Es un libro de lógica filosófica viva.

En segundo lugar hay que dejar dicho que los autores de ninguna manera son eclécticos y conformistas. No podía ser, si lo anterior es verdadero. Por el contrario, hay en estas páginas por todas partes tomas de postura, tomadas con las correspondientes argumentaciones y tras el conveniente examen de las posiciones relevantes. Esto también resulta reconfortante, en especial cuando se pretende que la lógica sea «neutral» en terrenos no lógicos y, concretamente, en materias ontológicas. Este libro contiene una lógica «ontológica», lo cual implica que es una lógica consecutaria de toda la filosofía. Los autores entienden que la lógica no está situada en un cosmos extrafilosófico, como si el instrumento del pensar nada tuviera que ver con aquello para lo que es instrumento, esto es, con lo pensado.

En tal sentido, la lógica «aristotélica» de este libro es cualquier cosa menos una lógica «formal». No es una lógica que entienda el pensar como una «forma» o cáscara, un

envoltorio independiente de lo envuelto, como una caja que puede contener igualmente un libro o una berenjena. La lógica, según los autores del libro, no habla de la «forma» de lo pensado. El pensar no es forma o envoltorio. Por eso conciben la lógica, con toda razón, como el arte y la ciencia cuya materia está constituida por las propiedades que las cosas adquieren al ser pensadas. Pero se trata de propiedades irreales, no formales. Naturalmente, hablar de «propiedades irreales» supone un compromiso ontológico.

Los autores llevan todo lo lejos que se puede este modo de ver las cosas. Y ello hasta el extremo, si así se puede hablar, de rechazar la distinción escolástica habitual entre lógica «formal» y lógica «material». Con ello, sin duda, hay una importante rectificación de algunas importantes líneas de la tradición aristotélico-escolástica que merecerían una detenida reflexión por parte tanto de la lógica como de la ontología.

El libro se divide en nueve capítulos y contiene al final dos páginas de una muy breve bibliografía. Como que se trata de un libro ideado para el estudio académico, de modo, asimismo, que el aparato crítico se ha reducido a lo imprescindible. Los capítulos son extensos y tienen una organización ciertamente original. En efecto, aunque el esquema de cada capítulo puede llegar a tener tres niveles o subdivisiones, la numeración de cada apartado es seguida de modo, por ejemplo, que el epígrafe 1.7 es subdivisivo del epígrafe 1.6, y el subcapítulo 1.13 sigue al epígrafe 1.12, el cual no es un subcapítulo, sino una división del subcapítulo 1.6. Se me escapa la razón de este modo de proceder, que quizás hace poco claro el orden de los asuntos cuando se está navegando por las páginas del libro.

El primer capítulo contiene una definición, división y diferenciación de la lógica, como era de esperar. Son muy interesantes las reflexiones acerca de la distinción entre arte y ciencia, y entre lógica *docens* y lógica *utens*. Como también las ya referidas argumentaciones sobre el alcance ontológico de la lógica. A continuación, los capítulos 2 y 3 estudian la primera operación del entendimiento, el concepto; los capítulos 4 y 5 se centran en la segunda operación del entendimiento, esto es, el juicio; y cuatro capítulos

restantes contienen el estudio de la tercera, el razonamiento.

No se ahorra ningún esfuerzo ni ningún análisis de las cuestiones técnicas, en el convencimiento de que tienen interés por sí mismas y de ninguna manera resultan bizantinas. Cabe subrayar el inteligente análisis de los predicables, muy pegado a los textos aristotélicos. Asimismo, el cuidado con que se presenta la lógica de los términos. En la lógica del juicio, hay una meticulosa distinción preliminar entre las proposiciones y las oraciones, así como una oportuna y clara introducción a la lógica modal. Por lo que respecta a la lógica del razonar, los autores estudian con calma el silogismo categórico. Luego presentan la lógica del silogismo hipotético. Y terminan por presentar las conexiones de la lógica aristotélica con el cálculo lógico, y hay entonces una introducción a la lógica proposicional y cuantificacional.

Esto último significa que los autores conciben la lógica aristotélica en confrontación con la moderna lógica matemática. Más bien discrepan, según se ha señalado, de lo que podemos llamar un «totalitarismo» de la lógica matemática neutral ontológicamente. Lejos de establecer fronteras, los autores se esfuerzan por pensar la lógica como una tarea apta tanto para las técnicas de la lógica tradicional como para los procedimientos matemáticos.

El libro termina con un amplio análisis de la sofística tal como fue elaborada por Aristóteles. Esto es buena prueba, por otro lado, de que la lógica de este libro no pretende quedarse en una pura exposición detallada de los mecanismos mentales, sino que entiende la ciencia lógica como difundida y aplicada en la lógica práctica. Lo cual, por otro lado, es corroborado por el muy útil volumen de ejercicios (con sus soluciones) que acompaña al libro principal.

Este libro permite un cambio muy recomendable en la idea corriente acerca de la lógica y, desde luego, tiene una aplicabilidad inmediata en la enseñanza. Es un libro muy ordenado en su desarrollo, al que cabe hacerle un único principal reproche, que es el de ser demasiado breve. Desde luego, les animo a completar esta obra con el desarrollo de la lógica inductiva y los numerosos asuntos que dejan simplemente mencionados.—José J. ESCANDELL.